

Instrucción sobre los votos



12 de abril de 2026 | Primera Profesión | Hermana Mara Rutten

Quienes asistimos a una Vigilia Pascual hace apenas ocho noches, escuchamos las palabras del Exsúltet:

Alégrese también nuestra madre la Iglesia,
revestida de luz tan brillante;
resuene este templo
con las aclamaciones del pueblo.

Hoy, la Madre Iglesia continúa regocijándose y este edificio sagrado de la Misericordia se estremece de alegría, pues pronto se llenará con la voz de nuestra Hermana Mara cuando profese sus primeros votos como Hermana de la Misericordia.

Apenas hace una semana, en la liturgia de Pascua, Mara y cada una de nosotras renovamos nuestras promesas bautismales. Sabemos que nuestros votos de Pobreza, Castidad, Obediencia y Servicio a los pobres, enfermos e ignorantes proporcionan a cada Hermana de la Misericordia un camino para vivir sus promesas bautismales.

Qué apropiado es el día en que Mara profesa sus votos por primera vez como Hermana de la Misericordia, el Segundo Domingo de Pascua, mientras todas continuamos celebrando nuestra inmersión en la muerte y resurrección de Jesús.

Así como vivir los valores y preceptos del Evangelio requiere la mente y el corazón de una discípula, vivir nuestros votos tampoco está exento de desafíos. Esto parece especialmente cierto cuando observamos los signos de nuestros tiempos:

La codicia insaciable, el desprecio descarado por los derechos fundamentales de la persona humana, la destrucción ecológica, las guerras por elección y un abuso sin precedentes del poder por parte de quienes ejercen el liderazgo corporativo y político.

Podemos sentir la tentación de creer que, cuanto más vivimos, la cultura en la que estamos situadas parece volverse cada vez más hostil a los valores del Evangelio que profesamos.

Sin embargo, sabemos que el propósito de nuestros votos no es un fin en sí mismo. Más bien, los votos que profesamos sirven para anunciar y promover el Reino de Dios, aquí y ahora, en nuestro hogar terrenal. Cada vez que rezamos nuestra oración cristiana común, pedimos que venga el Reino de Dios “a la tierra como en el cielo”.

Ciertamente, la lectura de los Hechos de los Apóstoles que acabamos de escuchar ofrece un retrato vívido de cómo se vivía el consejo evangélico de la pobreza en los primeros días de la Iglesia:

*Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común:
vendían sus propiedades y sus bienes,
y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno.*

24. Mediante nuestra práctica de la pobreza, nos comprometemos a seguir a Jesús, que se hizo pobre por nosotros. Manifestamos nuestra confianza en la Divina Providencia cuando, mediante nuestro voto, renunciamos al uso y disposición independientes de los bienes materiales. Nuestro voto de pobreza contrarresta la codicia insaciable que forma parte de la

sociedad. Los religiosos que han hecho votos nos ofrecen un ejemplo de que nadie tiene por qué seguir aumentando sus posesiones de forma exponencial para luego acumularlas. En lugar de ver la escasez, nos damos cuenta de que hay abundancia disponible para quienes aman y cuidan de los más vulnerables entre nosotros.

Nuestro cuarto voto, el de servir a los pobres, a los enfermos y a los ignorantes, nos ofrece una hoja de ruta sobre lo que podemos hacer para anunciar el Reino de Dios aquí y ahora, en nuestro hogar terrenal.

Sabemos que, en la época de Catalina McAuley, servir a los pobres significaba servir a integrantes de la familia humana mediante los servicios sociales, la atención de la salud y la educación. Sin embargo, desde la muerte de Catalina McAuley, el mundo, que se ha industrializado y militarizado, ha devastado muchos sectores de nuestra casa común, especialmente aquellos habitados por personas en situación de pobreza.

26. Creemos que toda la creación es un regalo de Dios y nos esforzamos por tratar ese regalo con la debida reverencia y asistencia responsable.

Y por eso, nuestro servicio a los pobres incluye nuestros *esfuerzos por preservar toda forma de vida cuidando de los ecosistemas de la Tierra, haciendo frente al cambio climático, defendiendo el derecho al agua limpia y comprometiéndose con la conversión ecológica.*

Para poder ayudar a las víctimas de la pobreza, la enfermedad y la ignorancia, tenemos que crecer en nuestra propia sensibilización respecto a nosotros mismos como «sanadoras heridas». Para servir a las personas marginadas, necesitamos comprender dónde hemos sido marginadas en la Iglesia y la sociedad. La oración, el discernimiento y los procesos comunitarios nos ayudan a seguir creciendo en la sensibilización respecto de nosotras mismas.

Creemos que, a través de Cristo Resucitado, nuestra vida de votos puede marcar una diferencia en el planeta? Creemos que, a través de nuestra vida de votos, el Reino de Dios se vuelve tangible aquí y ahora?

Si, como Pedro en la lectura del Evangelio de hoy, necesitamos ver la marca de los clavos en las manos de Cristo y poner una mano en su costado, podemos acudir a quienes nos han precedido en busca de las pruebas que necesitamos.

Tenemos muchos ejemplos de Hermanas de la Misericordia, así como de religiosas de

otras congregaciones, como las Hermanas de Maryknoll, que nos han precedido y han vivido sus votos de una forma que ha transformado de manera significativa la parte del mundo en la que vivían. Estas santas mujeres han contribuido a la construcción del Reino de Dios en su propio tiempo y lugar. Así como ellas lo hicieron, también podemos hacerlo nosotras.

Y ahora,

Alégrese también nuestra madre la Iglesia,
¡Que este sagrado templo de la Misericordia, e incluso el ciberespacio de la Misericordia, se estremezca de alegría ahora que Mara Rutten da un paso al frente para profesar sus votos como Hermana de la Misericordia!

